

LA ECONOMIA KEYNESIANA A LOS VEINTE AÑOS

¿QUE ES LO QUE HA SOBREVIVIDO?

Consideración de la economía keynesiana en su vigésimo aniversario

Por WILLIAM FELLNER

En los veinte años transcurridos desde la publicación de la obra de John Maynard Keynes, *General Theory of Employment, Interest and Money*, ésta ha llegado a significar distintas cosas para distintos economistas. Ni siquiera en una primera aproximación resulta la "influencia keynesiana" un concepto claramente definido. Creo que es imposible entender el problema de que se ocupa esta sesión conmemorativa, a menos que queramos distinguir por lo menos tres significados de la influencia keynesiana.

Para evitar la frecuente repetición de largas frases, hablaré en lo sucesivo de 1.º keynesianismo cíclico; 2.º keynesianismo del estancamiento, y 3.º keynesianismo fundamentalmente teórico. Anticipando conclusiones, añadiré que, en mi opinión, el "keynesianismo cíclico" ha sobrevivido a estos veinte años y continuará siendo una doctrina influyente en un futuro previsible. El "keynesianismo del estancamiento" y el "keynesianismo fundamentalmente teórico" han recibido serios golpes, y podría ser que no sobrevivieran, o al menos no con mucha fuerza. También añadiré que los instrumentos analíticos específicos del sistema keynesiano conservarán su utilidad en textos en los que es aconsejable no tener en cuenta la facultad equilibradora de los cambios en el nivel general de precios.

Ocupémonos en primer lugar de lo que, en honor a la brevedad, he llamado "keynesianismo cíclico".

Dado un nivel general de precios, indudablemente el ahorro no tiene que ser igual a la inversión planeada. Puede suceder que se produzca una acumulación de existencias (1) no planeada (inesperada), combinada con el atesoramiento de dinero anteriormente activo o con el fallo en la creación de dinero nuevo para mantener el ritmo con el aumento de producción; o puede ocurrir que tenga lugar una reducción no planeada de existencias, juntamente con el desatesoramiento o con la creación de dinero nuevo que exceda el aumento de producción. El primero de estos casos es aquel en que la inversión planeada queda por debajo del ahorro, y el segundo aquel en que la inversión planeada excede al ahorro. En el segundo caso, cuando la inversión planeada excede al ahorro a un nivel estable de precios, es siempre posible, al menos en principio, restaurar el equilibrio con una política restrictiva del crédito. Pero en el primer caso, cuando el ahorro excede la inversión planeada a un nivel estable de precios, no siempre es posible restablecer el equilibrio mediante la política convencional de dinero barato de los Bancos centrales.

Los sistemas convencionales de los Bancos centrales pueden proporcionar más reservas a los bancos, y pueden reducir los tipos de interés de fondos públicos a niveles muy bajos, aunque no es presumible que puedan reducir tales tipos hasta cero. Esto deja los tipos de interés relativos a préstamos comerciales sujetos a un nivel positivo (y quizás no tan bajo). Si, para empezar, la capacidad total de ahorro excede a la inversión planeada al nivel de precios dado y si nos limitamos a una política convencional de dinero barato, no se puede predecir qué cantidad del dinero nuevo irá a parar a una inversión adicional y qué cantidad terminará en depósitos inactivos. En un período de grandes tendencias a la depresión, la mayor parte de este dinero muy probablemente irá a parar a depósitos inactivos. Mientras supongamos constancia del nivel general de precios, la política compensatoria fiscal y monetaria puede ser necesaria para evitar el paro cíclico en gran escala y el exceso de capacidad.

(1) En tanto que tengamos constancia del nivel general de precios, quizás podamos postular que los ahorros planeados y realizados son siempre iguales. Pero incluso si estas dos magnitudes no fueran iguales, ello no necesitaría crear el mismo problema que crea la desigualdad de la inversión planeada y realizada. Por lo tanto, no entraré aquí en la discusión de los ahorros inesperados.

Pero, ¿por qué tener constancia o casi constancia del nivel general de precios? La lógica del asunto nos lleva a preguntarnos si en ausencia de una rigidez de precios y salarios el equilibrio ahorro-inversión quedaría o no restablecido a la capacidad de producción mediante cambios en el nivel de precios y salarios monetarios. La lógica del asunto nos llevaría al problema de los reajustes del nivel de precios en cualquier caso, incluso si la política convencional de dinero barato fuera un medio generalmente digno de confianza para restaurar el equilibrio, porque incluso los sistemas convencionales de los Bancos centrales son interferencias, y la lógica de la cuestión inevitablemente suscita el problema de si una economía de mercado se reajusta por sí misma mediante cambios en los salarios monetarios y en los precios.

Es una propiedad característica de lo que he llamado aquí keynesianismo cíclico el hecho de rodear la cuestión de las consecuencias de los reajustes de salarios monetarios y precios, dando una contestación que es evasiva y sin embargo no carente de significación. La contestación es que cuando nos encontramos frente a los problemas de la política del ciclo económico, frecuentemente queremos proceder como si no existiera un mecanismo de auto-reajuste a través de cambios significativos en el nivel general de salarios y precios. Y hacemos esto porque incluso si en una economía de mercado libre existiera tal mecanismo de reajuste, muy probablemente sería un mecanismo muy torpe, que operaría lentamente y con rodeos y se vería estorbado por obstáculos institucionales cuya existencia no deberíamos despreciar, incluso en una economía de mercado razonablemente libre. Por lo tanto, cuando surge una discrepancia entre el ahorro en pleno empleo y la formación planeada de capital, el keynesianismo cíclico favorece la política que opera en pro de la restauración del equilibrio sin confiar en cambios de importancia en el nivel general de los salarios monetarios y de los precios. Esta política comprende una regulación anticíclica de la relación entre los ingresos fiscales y los gastos fiscales, así como de los sistemas del banco central.

Esta breve revisión se ha movido en un terreno completamente familiar; suscita la cuestión de si el keynesianismo cíclico debería llamarse keynesianismo. Por lo menos en algunos países la acción compensatoria del banco central tiene una historia superior a un

siglo, habiendo sido los objetivos de la política compensatoria del banco central aquellos del keynesianismo cíclico. Hacia fines del siglo pasado y al principio del presente, la obra de Wicksell convenció a muchos economistas de que, en el análisis del ciclo económico, resulta fructífero conceder un papel importante a las discrepancias entre ahorro e inversión. Desde 1920 en adelante, Robertson, en Inglaterra, y un importante grupo de economistas en Suecia, han utilizado sistemas propios en el análisis del ahorro-inversión. Sus conclusiones caen bajo el título de keynesianismo cíclico, en alguna medida incluso con respecto a la política fiscal anticíclica. En relación con estas aportaciones resulta anacrónico hablar de keynesianismo. La *General Theory* se publicó en 1936; incluso el *Treatise on Money* se publicó después de la década de 1920 (1930). La verdad de esta cuestión es que la aportación keynesiana llegó después de una larga sucesión de importantes antecedentes, y que cualquier presentación inteligente de los llamados puntos de vista "keynesianos" exigen que se integre el aparato formal keynesiano con los elementos analíticos que se encuentren en los escritos del período precedente. Sin embargo, la aportación de Keynes al problema que ahora estamos estudiando fué muy significativa, y en la historia de las doctrinas no es poco frecuente el que se asocien unas orientaciones fundamentales al nombre de los escritores que, hacia el final de un período histórico, dieron una formulación especialmente efectiva a una cierta doctrina. Por esto es por lo que el keynesianismo cíclico puede no ser un término equívoco, aun cuando sea una expresión que no hace justicia a las aportaciones de los fundadores.

Creo que es extraordinariamente verosímil que el mundo se habría ahorrado muchos trágicos acontecimientos si el keynesianismo cíclico hubiera sido una doctrina generalmente aceptada allá por 1930. El caso alemán nos proporciona el argumento quizás más convincente en apoyo de esta tesis, especialmente teniendo en cuenta el hecho de que la política mundial ha sido influenciada de una manera tan duradera y decisiva por lo que ocurrió en Alemania durante el decenio de 1930. El paro en masa fué indiscutiblemente el más poderoso de cuantos factores son responsables de la subida de Hitler al poder en enero de 1933, y por consiguiente de la segunda guerra mundial y sus consecuencias. Es imposible comparar

el ejemplo alemán con otros igualmente agudos referentes a otros países, pero dadas las características generales de los sistemas sociales del occidente contemporáneo, el no llevar a cabo una política compensatoria, tanto fiscal como monetaria en períodos de depresión aguda, tendría consecuencias extraordinariamente graves en cualquier sitio. Así como tampoco puede un país llevar a cabo con éxito una política compensatoria por sí solo; es decir, sin una cierta medida de cooperación internacional en estas materias.

El entusiasmo de uno por el keynesianismo cíclico puede muy bien quedar atemperado por una tendencia por parte de los Estados a adoptar políticas compensatorias en una forma asimétrica, con el resultado de que, al final, se produce una presión inflacionista crónica. Esto supone un peligro grave, especialmente allí donde los aumentos de salario monetario, que exceden el ritmo de aumento de la productividad siempre que existe pleno empleo, pueden obligar a elegir entre la inflación y un cierto grado de paro. En esta situación, las presiones del sistema social podrían muy bien inclinar los esfuerzos de la política compensatoria en la dirección inflacionista.

En su calidad de consejeros, los peritos económicos no deberían despreciar este peligro. Sin embargo, me parece que es preferible con mucho tratar de evitar este peligro recomendando con insistencia una actitud menos perfeccionista frente al problema del pleno empleo, antes que dejar de utilizar una política enérgica cuando nos encontramos frente a oscilaciones cíclicas fuertes. Efectivamente, parece inconcebible que un Gobierno responsable pueda volver a los sistemas anteriores a la guerra en esta materia.

Por otra parte, la inclinación a recurrir inmediatamente a la política fiscal, incluso cuando la economía hace frente a oscilaciones débiles o moderadas, está también relacionada con la influencia del keynesianismo cíclico. Esta actitud, que reduce la promesa de política compensatoria del banco central en una medida totalmente injustificada, se basó en una versión no razonable del keynesianismo cíclico. Afortunadamente, esta actitud se ha debilitado recientemente. Es cierto que los bancos centrales no pueden combatir por sí mismos las fuertes tendencias hacia la inestabilidad, pero pueden hacer mucho para contrarrestar tendencias débiles o moderadas hacia la inestabilidad, y tienen la gran ventaja de ser rápida-

mente ajustables. Esto está siendo reconocido cada vez con más amplitud.

Pasemos ahora a lo que he llamado "keynesianismo del estancamiento".

Los principios fundamentales del keynesianismo del estancamiento comprenden los del keynesianismo cíclico y también un principio ulterior. Se sostiene que cuando, a capacidad de producción, la inversión planeada empieza a quedar por debajo del ahorro en un margen significativo, la política convencional de dinero barato es insuficiente para restablecer el equilibrio, y que no se puede o no se debe confiar en el mecanismo de flexibilidad precios-salarios para restablecerlo. Esto está también implícito en el keynesianismo cíclico. Además, el keynesianismo del estancamiento implica que en economías industriales avanzadas tal infra-inversión o exceso de ahorro tiende a ser la situación típica de la vida económica. Así, se produce una tendencia hacia el paro crónico; esto es, hacia un nivel de infra-utilización cuando el ahorro deja de ser mayor que la inversión planeada.

El keynesianismo del estancamiento produjo una fuerte influencia sobre el pensamiento de los economistas en la década que siguió a la publicación de la *General Theory*. El número de conversos fue especialmente grande en los Estados Unidos. Incluso ahora no resulta infrecuente tratar de explicar las características de los decenios distintos del de 1930-39 mediante la hipótesis de que los demás decenios han tenido alguna propiedad excepcional.

En la actualidad, las predicciones del estancamiento han adquirido una gran impopularidad. Desde el principio, los proponentes de la doctrina se enfrentaron con la dificultad de que, por la lógica de su argumento, los peligros del estancamiento deberían haber surgido gradualmente durante un período que empezó hacía mucho tiempo, a finales del siglo pasado, o incluso antes. La lógica de la argumentación, tal como yo la veo, se centra sobre la hipótesis de que una presión hacia la reducción de beneficios que aumenta gradualmente reduce el tipo de beneficio a los inversores sobre la cantidad de nueva inversión que sería necesaria para igualar al ahorro en pleno empleo. Las innovaciones, se dice entonces, se harían cada vez más insuficientes para compensar esta creciente presión de disminución de beneficios.

Sin embargo, el proceso de expansión capitalista a zonas vírgenes o primitivas empezó a disminuir mucho antes del decenio de 1930. Esto mismo es verdad en relación al índice proporcional de crecimiento de la población. Seguramente, en los Estados Unidos y también en el mundo capitalista occidental en conjunto, el ritmo de aumento de la "tierra utilizada" y de la disponibilidad de mano de obra (el aumento del compuesto tierra más mano de obra, por así decir) fué mucho menor en relación al ritmo de aumento en el stock de capital allá por 1900 de lo que fuera varios decenios antes. Al doblar el siglo, con toda seguridad las innovaciones obraban en contra de una "creciente presión de disminución de beneficios". Han estado obrando en contra de la presión creciente durante mucho tiempo. A largo plazo han ido compensando con mucho éxito esta tendencia ascendente. Nos hemos ido ajustando a la creciente escasez del elemento tierra más trabajo en relación con el capital.

Quizás la mejor manera de expresar esto sea decir que Keynes y los defensores de la tesis del estancamiento tenían razón al sostener, o al menos dejar implícito en su doctrina, que los cambios en las situaciones relativas de los recursos de economías avanzadas requieren ciertos reajustes. Para especificar nosotros más de lo que lo ha hecho la literatura del estancamiento, diremos que se necesita de uno o más de los siguientes reajustes si se quiere que los tipos de beneficio no queden reducidos a niveles muy bajos: 1.º, una actividad innovadora más abundante (es decir, una actividad innovadora que eleve la producción por unidad de elemento-recurso más de lo que era en fases anteriores); o 2.º, una actividad innovadora que sea relativamente menos ahorradora de capital y relativamente más ahorradora de tierra y mano de obra (esto es, una actividad innovadora que tenga un efecto más favorable sobre la parte relativa al capital, del que produjeran las innovaciones anteriores); o 3.º, una propensión más baja al ahorro (proporción inversión-producción más baja), en correspondencia con el menor ritmo de adquisición de nuevos recursos complementarios del capital.

Parece ser que Keynes y los defensores de la tesis del estancamiento no estaban en lo cierto al implicar que no se puede hacer una combinación de estos ajustes. Las economías avanzadas parecen haber llevado a cabo el primero y el tercero de estos ajustes; es

decir, una actividad innovadora más abundante y una reducción de la proporción inversión-producto. Hay una presunción, a mí me parece, de que a este respecto se debería dar más importancia a la actividad innovadora acelerada que a la reducción de la proporción inversión-producto. En los Estados Unidos, por ejemplo, cada unidad de formación de nuevo capital motiva un aumento de producción, que es ahora mayor de lo que era en períodos anteriores; el ritmo creciente del progreso tecnológico y de organización (actividad innovadora más abundante) resulta ser la explicación más adecuada de esto. No existe razón alguna válida para sostener que históricamente caeríamos en una disminución de rendimientos en mayor escala, o con gran firmeza, aun cuando la proporción ahorro-producto, o inversión-producto, fuera actualmente la misma que hace dos o tres generaciones. La proporción ahorro-producto o inversión-producto es más baja, pero sería una conclusión forzada sostener que con un ahorro algo superior las economías occidentales caerían en una disminución de rendimientos al extremo de producir una presión deflacionista crónica.

En el mundo occidental las oportunidades de inversión han sido muy numerosas hasta ahora, excepto en períodos de depresión cíclica (alguno de los cuales, sin embargo, fué de considerable duración). El progreso tecnológico y de organización puede muy bien ser un proceso auto-acelerador. En cualquier caso, la tesis del estancamiento secular puede ahora dar la explicación de cinco decenios o más como decenios típicos, al representar un solo decenio como elemento que refleja condiciones consideradas típicas en sistemas industriales avanzados. Las innovaciones han sido suficientemente numerosas y su característica de ahorro de tierra y mano de obra ha sido lo suficientemente pronunciada para evitar cualquier reducción secular apreciable de los tipos de beneficio de los inversores.

Incluso aun cuando el estancamiento económico se convirtiese en el futuro típico del estado de los negocios en las sociedades occidentales, la cuestión de si las razones son keynesianas o schumpeterianas sería, naturalmente, objeto de controversia, toda vez que los tipos netos de rendimiento de los inversores están influenciados por medidas redistributivas políticas, lo mismo que por las ofertas relativas de los factores de la producción. Pero la cuestión impor-

tante ahora es que las predicciones realizadas por la teoría del estancamiento no pueden, en la actualidad, derivarse de la proyección en el futuro de las relaciones observables a largo plazo en el pasado.

No obstante las tendencias seculares favorables, la influencia del keynesianismo basado en la tesis del estancamiento puede desvanecerse tan sólo gradualmente. En efecto, su influencia ha estado en declive durante algún tiempo, pero ha sido un descenso suave. Los peligros de una ideología del estancamiento en la opinión de un profesional son dignos de tenerse en cuenta. Los expertos con tendencias hacia el estancamiento pueden recomendar fuertes medidas antideflacionistas al movernos en una fase cíclica que más tarde resulta ser una fase de recesión de no gran importancia; en otras palabras, una política de keynesianismo cíclico puede resultar claramente desequilibrada (inflacionista) si es llevada a cabo por peritos influenciados por el keynesianismo del estancamiento. Más aún, en épocas de depresión cíclica aguda tales peritos pueden mostrar una tendencia a favorecer no meramente las medidas públicas antideflacionistas que, al mismo tiempo, proporcionan incentivos para el subsiguiente resurgimiento total de la inversión privada, sino también medidas públicas de inversión que descartan, por así decir, la incapacidad de la inversión privada para volver a colocarse con su significación primitiva.

En conjunto, mi punto de vista es, por consiguiente, que en tanto que el keynesianismo del estancamiento ha suscitado cuestiones de gran interés analítico y práctico (y en este sentido ha sido altamente fructífero), grandes perjuicios pueden derivarse de la tesis del estancamiento frente a problemas de política económica. Creo que es extraordinariamente importante separar la versión razonable del keynesianismo cíclico del keynesianismo del estancamiento, o si preferimos decirlo de otra manera, acelerar el proceso gradual en virtud del cual ambas doctrinas están divorciándose.

La tercera y última significación del keynesianismo que vamos a considerar en este estudio es la que he llamado "keynesianismo fundamental teórico". Me refiero aquí a la posición teórica que niega el efecto de Pigou, o el "efecto de equilibrio real" de Patinkin. Las posiciones que hemos denominado en este estudio keynesianismo cíclico y keynesianismo del estancamiento se pueden per-

mitir el evitar la cuestión fundamental de si, en el caso de una amenazadora demanda insuficiente en un nivel de precios dado, un descenso de los salarios monetarios y de los precios no elevaría la demanda efectiva a una altura compatible con la plena ocupación. Si no tomamos en consideración los problemas de transición (espirales en expectativa y similares), la perfecta flexibilidad de los tipos de salarios monetarios y de los precios podría producir esta consecuencia benéfica al elevar el valor real de los depósitos de dinero ya existentes, animando así a utilizar el dinero para comprar bienes. Esto ya fué señalado por Haberler en las primeras fases de la controversia sobre la *General Theory*. El keynesianismo cíclico y el del estancamiento fueron definidos en el sentido de que implican que o bien el razonamiento que establece el efecto de equilibrio real de las reducciones de precios no es válido, o que el razonamiento, si bien teóricamente válido, carece de significación práctica. Esto es un tanto evasivo. Lo que yo llamo aquí keynesianismo fundamental teórico se diferencia de los otros dos tipos de keynesianismo en que no es evasivo en lo que se refiere al efecto de equilibrio real de los salarios monetarios y de las reducciones de precios. El keynesianismo fundamental teórico niega la existencia de este efecto.

Quizás se pudiera presentar la objeción de que Keynes no argumentó en relación con lo que nosotros definimos aquí como keynesianismo fundamental teórico. En la estructura analítica que presentó, Keynes no incluyó el efecto de equilibrio real (apenas si será contradicha esta afirmación), pero las razones por las que no lo hizo no aparecen muy claras. Es posible que haya excluido desde el principio de su sistema formal aquellos elementos analíticos que (si los hubiera incluido) habría tenido que dejar de lado al final, debido a su convicción de que los retrasos, las fricciones y la rigidez institucional hacen que el efecto de equilibrio real sea prácticamente insignificante. En conjunto, yo creo, sin embargo, que el hecho de que Keynes no desarrollara un argumento verbal claramente establecido con relación al efecto de equilibrio real, que al mismo tiempo está ausente de su sistema formal, nos debería llevar a contrastar sus puntos de vista con los de aquellos que realmente atribuyen importancia teórica al efecto de equilibrio real. Por esto es por lo que yo hablo de keynesianismo fundamental teórico

cuando quiero significar negación de la validez teórica del efecto de equilibrio real.

Me parece que el razonamiento antikeynesiano que establece el efecto de equilibrio real es un razonamiento válido, pero que un sistema teórico que confía en el poder equilibrador del efecto de equilibrio real debería reconocer que el ritmo de crecimiento puede depender en gran manera del mayor o menor uso que la economía pueda hacer de los cambios de precios para equilibrarse a sí misma.

Por un momento dejemos totalmente aparte los retrasos en el proceso de reajuste, y también las rigideces de carácter sociológico-político. Incluso en este caso, subsiste la dificultad de que es imposible describir una serie de reducciones de precio consecutivas y apreciables sin postular un tipo de interés real muy alto. Esto significa un crecimiento muy pequeño o, si llevamos la hipótesis suficientemente lejos, quizás ningún aumento. Si en lugar de la expansión monetaria se utilizasen las reducciones de precios como medio de satisfacer el deseo de saldos reales adicionales, el tipo real de interés tendría que subir sin tener en cuenta lo que hubiera bajado el interés del dinero. Después de todo, el tipo del dinero está sujeto a un tope, que quizás se encuentra un tanto cercano al cero. Los tipos de aumento se reducirían, y si la importancia de las reducciones de precios requeridas fuera lo suficientemente grande incluso para tipos de desarrollo relativamente pequeños, el equilibrio estacionario o casi estacionario sería el único resultado analítico compatible con estas hipótesis.

Para expresarlo con brevedad, con ayuda del efecto de equilibrio real de los cambios de precio es posible describir un proceso que elimine cualquier demanda de saldos reales adicionales y, por lo tanto, cualquier posible deficiencia de la demanda efectiva; pero si la demanda de saldos reales fuese igualada por la oferta de saldos reales por este mecanismo en lugar de por el propio grado de expansión monetaria, el proceso de crecimiento podría sufrir perjuicio e incluso quedar destruido. Este es el proyecto de conclusión a que me lleva el estado actual de la controversia en lo relativo al efecto de equilibrio real. Si bien esta conclusión es no keynesiana, está evidentemente influenciada por desarrollos analíticos que fueron fuertemente estimulados por la obra de Keynes. Si rechazamos

el keynesianismo fundamental teórico, podemos considerar el aparato analítico keynesiano como un instrumento simplificador que no tiene en cuenta el poder equilibrador de los cambios del nivel general de precios. Por las razones aquí indicadas, me parece que frecuentemente es ésta una simplificación muy útil en la teoría del desarrollo a largo plazo, así como para el análisis de las políticas anticíclicas.

Quizás hubiera debido, en esta ocasión conmemorativa, dedicar menos tiempo a tratar de analizar problemas en detalle, empleando más tiempo en hacer observaciones generales. Pero es que la principal observación de carácter general que yo querría ofrecer exigía una referencia al detalle. Algunas ideas específicas de la *General Theory* han llegado a incorporarse a la teoría económica generalmente aceptada, si bien no está completamente claro en qué medida el producto resultante de esa integración es keynesiano, robertsoniano, neo-wickselliano o neo-clásico. Las ideas que han conseguido entrar en la corriente principal del desarrollo doctrinal son las del keynesianismo cíclico, más bien que las correspondientes al keynesianismo del estancamiento o del fundamental teórico. También se ha desarrollado recientemente una clara consciencia de las diferencias entre las versiones razonables del keynesianismo cíclico, que toman en consideración la eficacia de la política del banco central en períodos de perturbaciones moderadas, y las versiones extremas o irrazonables del keynesianismo cíclico, que conceden toda la importancia a la política fiscal. Pero los elementos de la teoría keynesiana que se han introducido en la corriente principal de la historia doctrinal no contienen la versión completa. Incluso allí donde la generación actual y la próxima no pueden marchar de acuerdo con las respuestas dadas por Keynes encontrarán que Keynes planteó los problemas de una manera fructífera. Y querrán marchar junto a Keynes en algunos trozos de su camino analítico, si bien es de presumir que no quieran permanecer en el camino de Keynes hasta llegar a la etapa de las conclusiones definitivas. Esto es lo que yo trataba de decir en un estudio algo detallado de proposiciones específicas.

Con seguridad, aun cuando Keynes tituló su libro de hace veinte años *General Theory of Employment, Interest and Money*, el número de problemas de importancia en ese ámbito que dejó fuera del

campo de acción de su libro, es bastante grande. La lista de problemas omitidos o dados de lado comprende la relación entre los incentivos y las corrientes igualitarias de nuestra época, monopolio y competencia, la posible coexistencia de tendencias inflacionistas y del pleno uso de equipo con el subempleo de la mano de obra, y el efecto del progreso tecnológico sobre los precios relativos de los factores. Aun con esto, la cantidad de problemas sobre los cuales nos ha obligado a mostrarnos en desacuerdo o de acuerdo con él es muy grande. Por esto, la posteridad le estará agradecida. Analizó muchos temas, y no sería delicado quejarse de que no hubiera analizado más. Después de todo, los economistas han seguido tomando inspiración de varias obras, no de una sola, y de varios autores distinguidos, no de uno solo. Nadie puede negar a Keynes un importante puesto entre estos autores, y a la *General Theory* un lugar destacado entre esas obras.

LA INFLUENCIA DE LA ECONOMIA KEYNESIANA SOBRE EL PENSAMIENTO CONTEMPORANEO

Por DUDLEY DILLARD

Al considerar la influencia de la economía keynesiana nos encontramos inmediatamente ante la pregunta de si la economía keynesiana se refiere exclusivamente a los instrumentos de análisis, tales como la propensión al consumo, la eficiencia marginal del capital y la preferencia de liquidez, o si encierra también una aportación substantiva; esto es, juicios cuantitativos y cualitativos sobre hechos institucionales e históricos. Para la gran mayoría de los universitarios y profesionales, la economía keynesiana probablemente significa instrumentos de análisis, y en este caso su influencia tendría que ser considerada desde el punto de vista de la aceptación u oposición a los conceptos keynesianos. Para el mundo ajeno a los salones académicos la economía es algo más substantivo, y en consecuencia la economía keynesiana deberá ser juzgada, en este caso, desde los puntos de vista de su influencia en la política y la ideología.

Los economistas académicos también muestran interés por cuestiones políticas, pero se muestran inclinados a valorar la economía keynesiana como un sistema conceptual que en sí no tiene ninguna relación con la política y la ideología. Esto hace posible

que muchos que no están de acuerdo con los puntos de vista de Keynes sobre política económica, utilicen de buena fe los instrumentos de análisis keynesianos, e incluso se consideren ellos mismos keynesianos. En este sentido, hay mucho de verdad en la afirmación "Ahora somos todos keynesianos", si bien, y para la tranquilidad de conciencia de una minoría que puede no encontrarse a gusto dentro de esta clasificación, la afirmación podría corregirse en el sentido de decir que "Ahora casi todos somos keynesianos". Con relación a esto deberíamos tener en cuenta que Keynes tuvo sumo cuidado de no decir que la economía clásica no era cierta. Su mayor crítica se refirió a la irrelevancia de las explicaciones del paro. La economía keynesiana complementa, más bien que suplanta, la teoría de la asignación de recursos. En condiciones de pleno empleo, la teoría clásica adquiere plena validez.

I.—Estado actual de los conceptos técnicos.

Comparando los libros de texto de nuestros días con los de hace veinte años podemos obtener una medida, sencilla pero significativa, de la influencia del keynesianismo sobre la economía contemporánea. Los cambios han sido profundos. El análisis de la renta nacional, nacido en 1936, figura ahora en primer lugar, sin haber siquiera cumplido los veintiún años. La teoría de la empresa —veinte años mayor y considerablemente más difícil— ha sido destronada, y en algunos casos el análisis del ingreso y del coste-marginal se considera como un hijastro y ha sido relegado a los apéndices. La numerosa progenie, compuesta de lo que podríamos llamar problemas secundarios, es tratada con menos atención que antes, porque el nuevo y joven señor reclama muchos cuidados. El dinero juega un papel más importante en los asuntos familiares porque el Rey Macro siente una afinidad especial con la preferencia por la liquidez. Las relaciones familiares son buenas, pero algunos miembros de la familia no tienen una idea clara de los lazos que les unen con los demás.

Yo creo que las partes más importantes de la economía de Keynes permanecen en muy gran medida tal como él las concibió, con, naturalmente, los inevitables perfeccionamientos y adiciones.

Toda formación teórica significativa tiene que poseer unidad orgánica; es decir, está compuesta de conceptos, teoremas y proposiciones, todos ellos en relación entre sí y con el sistema como un todo. En este caso, la supresión de una parte importante debilitaría notablemente toda la teoría. Es más fácil abandonar un sistema completo que abandonar partes substanciales de un sistema. Si una formación teórica sobrevive, porque resulta útil o por cualquier otra razón, es mucho más probable que se le hagan adiciones y no cortes.

La función de consumo keynesiana se ha conservado perfectamente frente a muchas críticas teóricas e investigaciones estadísticas. Keynes sostuvo únicamente que la relación entre consumo y renta es una "función bastante estable". Reconocía la influencia de otras variables y aconsejaba que no se las echase en olvido. Nadie, que yo sepa, ha refutado su tesis principal; esto es, que la renta es la principal variable de la que depende el consumo.

En mi opinión, la adición más importante que se ha hecho a la teoría keynesiana ha sido la función de consumo a largo plazo, como complemento de función de consumo a corto plazo de Keynes. El tipo de función de consumo a largo plazo de Duesenberry es importante, no sólo como pieza de un aparato técnico, sino también porque la idea que encierra modera el mensaje fundamental de la *General Theory*. La medida del vacío que ha de ser cubierto con inversión crece mucho menos rápidamente de lo que suponè Keynes, a causa del movimiento ascensional de la función a corto plazo.

El alcance de la inestabilidad y la amenaza de estancamiento se reducen de esta forma, aunque en manera alguna quedan eliminados.

Un problema conceptual que surge en relación con la estabilidad de la función de consumo es el uso de "consumo" en el sentido de gasto de dinero, en lugar del proceso real de utilización de bienes y servicios. Si un bien no precedero comprado por el consumidor durante el período uno dura por espacio de varios períodos, el gasto efectivo en el período uno sobrepasa el consumo real cuando definimos este último término como utilización del bien; y en los períodos que siguen, el consumo real sobrepasa el gasto. La acumulación de compras de bienes no precederos que tuvo lugar al empezar el conflicto de Corea, en 1950, y de automóviles durante

los tres primeros trimestres de 1955 puede ofrecernos datos que muestran el consumo aumentando más rápidamente que la renta, porque los consumidores están invirtiendo en bienes no perecederos a un ritmo acelerado. La inestabilidad de la función de consumo puede ser más aparente que real, dependiendo de la definición de consumo que se escoja. Si como medida de consumo se prefiere el consumo real al gasto de dinero, entonces se necesitan relaciones de consumo para determinar hasta qué punto se corresponden las dos medidas de consumo.

Keynes reclamó para su teoría de la preferencia de la liquidez una consideración de mayor novedad que la que han querido concederle comentaristas posteriores. En tanto que la teoría del interés de los fondos prestables parece haber conquistado un primer puesto en popularidad entre los economistas, la teoría de la preferencia de la liquidez está todavía muy en evidencia. La idea general parece ser que sostiene que no hay una diferencia fundamental entre estas dos teorías del interés. Quizás el perfeccionamiento más importante de la teoría keynesiana del interés haya sido hecho por los Profesores Hicks y Hansen. El punto discutido no es, sin embargo, sumamente importante. En su modelo formal, Keynes no tuvo en cuenta la influencia de los cambios del nivel de renta sobre la cantidad de dinero disponible para saldos especulativos. El profesor Hansen está teóricamente en lo cierto al decir que el tipo de interés permanece indeterminado hasta que se conocen los ingresos o renta. Otros perfeccionamientos lógicos de la formulación Hicks-Hansen muestran la relación de la productividad y la austeridad en la determinación del tipo de interés keynesiano. La perfección lógica tiene su virtud, pero la sencillez tiene su encanto. Keynes prefería el encanto a la virtud.

El concepto de la eficiencia marginal ha sufrido menos alteraciones que las otras dos formulaciones básicas de la construcción keynesiana. En sus propiedades puramente formales, fué menos original de Keynes que la función de consumo o la función de preferencia por la liquidez. La aportación de Keynes aquí se refiere a la incertidumbre de las expectativas de inversiones a largo plazo, más bien que al concepto formal de la eficiencia marginal del capital. Un estudio ulterior de Keynes me lleva a la convicción de que la incertidumbre en las expectativas constituyeron para él la

más importante premisa en su teoría monetaria de la producción (1). Para los keynesianos que acentúan la irracionalidad del proceso de inversión, la eficiencia marginal del capital es el concepto más importante de todo el sistema.

Apenas hay un concepto o proposición de la *General Theory* de Keynes que no haya sido discutido, pero la mayor parte de estas críticas, aunque no todas, carecen de significación efectiva. Una actitud típica de las críticas es refutar enérgicamente a Keynes para reconocer al final que la crítica carece de significación práctica. Por ejemplo, casi nadie recomienda ya la disminución de los salarios monetarios como remedio del paro, pero los escritores todavía demuestran que si los salarios y los precios son completamente flexibles y el efecto de las expectativas no es desfavorable, la disminución de salarios eliminaría el paro. Otros ejemplos de este tipo de crítica se refieren al efecto Pigou, el equilibrio en situación de empleo no pleno, la ley de los mercados de Say, el descrédito de la definición de la preferencia de la liquidez y las proposiciones que invocan los supuestos totalmente no keynesianos de las expectativas inmutables.

Las formulaciones construídas por teóricos carentes de sensibilidad para la política práctica son frecuentemente tan poco realistas en sus supuestos —y, por consiguiente, en sus conclusiones— que no pueden resultar de utilidad posible, a no ser para probar la capacidad de nuestros estudiantes en materia de gimnasia lógica. Puede que, a veces, Keynes no haya sido mucho más lógico que sus adversarios, pero lo que él dijo fué normalmente de mayor relevancia para los problemas de la experiencia real.

II.—*La influencia keynesiana en sus aspectos más amplios.*

Al estudiar la influencia de la economía keynesiana sobre la política, las instituciones y la ideología, hago más las palabras de

(1) "Monetary Theory of Production" fué el título que Keynes dió a sus conferencias en Cambridge en los primeros años del decenio de 1930. Para un estudio de este concepto en relación con el tema central de la *General Theory*, véase mi "The Theory of a Monetary Economy", en *Post-Keynesian Economics* (Rutgers University Press, 1954), publicado por Kenneth K. Kurihara, pp. 3-30.

Alfredo Marshall declarando que la pobreza constituye el problema más importante y la justificación fundamental del estudio de la economía. Mi tesis es que la diferencia esencial entre la economía pre-keynesiana y la keynesiana reside en las actitudes frente a la solución del problema de la pobreza. El paso de lo que podemos llamar la economía de la escasez a la economía de la abundancia potencial, refleja nada menos que el reconocimiento en la esfera del análisis económico, de la era de la producción en masa, un movimiento que tuvo sus raíces en el siglo XIX pero cuyas manifestaciones concretas no aparecieron con claridad hasta el siglo XX. Los historiadores de la economía a veces hablan de esto como de la segunda revolución industrial. Dado que la economía keynesiana refleja el desarrollo económico de más largo alcance del siglo XX, apenas si puede ser considerado como una concepción pasajera de la Gran Depresión de los años 30, aun cuando fué aquella gran catástrofe la que precipitó una visión keynesiana de veinte años en un sistema de técnicas analíticas que conocemos como teoría general de la ocupación.

Durante la Gran Depresión, dos economistas continuaron enseñando que el principio económico se relaciona con la asignación de recursos escasos y que, por lo tanto, los problemas económicos son problemas de escasez. Nadie puede negar a los economistas el derecho de definir los temas que tratan de la manera que les apetezca, pero se necesitaba muy poco sentido común para saber que la escasez no era el problema económico. Así eran de falsas, por consiguiente, las enseñanzas de los economistas, en sentido pragmático, histórico y funcional. Cuán poco realista debe haber parecido a los hombres hambrientos que vivían a la sombra de hogares sin fuego, que rezaban para que les ofrecieran un trabajo, oír cómo les decían que los obreros emplean los medios de producción y, consiguientemente, determinan el volumen de empleo. Cuán defraudador resultaría que dijese, en medio de un derroche social incalculable y de un paro forzoso, que las soluciones de nuestras necesidades económicas estaban en la frugalidad y el trabajo serio. Los economistas ortodoxos estaban violando su primera máxima: que la ciencia debe tratar de lo que es, más bien que de lo que debería ser.

La vieja ideología de la escasez, la frugalidad y la abstinencia se desacreditó por la pura fuerza de las circunstancias. Keynes

trabajó para ocupar el vacío con lo que el Profesor Schumpeter solía llamar una "visión", definida como un "acto preanalítico cognitivo". Esbozos de la visión de Keynes aparecieron en sus primeros escritos, pero fué claramente percibida por vez primera en *Means to Prosperity* (1933), recibiendo aplicación teórica en la *General Theory* (1936). Keynes expresó su visión con palabras en la primera frase de *Means to Prosperity* de la siguiente manera: "Si la pobreza fuera debida al hambre crónica, a los terremotos o a la guerra, si nos faltasen las cosas materiales y los recursos para producirlas, no podríamos tener esperanza de encontrar los Medios para la Prosperidad a no ser en el trabajo serio, en la abstinencia y la invención. De hecho, nuestra situación es notoriamente diferente."

Siguiendo al Profesor Rogin, hablaremos de la concepción de Keynes como de la hipótesis optimista de la abundancia. Adquiere una significación trascendental, no porque Keynes fuera el primero en expresar la idea de que la pobreza es innecesaria, sino porque fué el primero en elevarla a la categoría de principio director de la economía, que encontró amplia aceptación en una época en que estaba de acuerdo con las condiciones tecnológicas fundamentales de la producción en masa y con las instituciones políticas fundamentales de la democracia de masas.

Con anterioridad a la Gran Depresión, la economía estaba penetrada por la hipótesis pesimista de la escasez. Encuentra esto su clara expresión en el principio malthusiano de la población y en la ley de los rendimientos decrecientes. Marshall luchó para dar al principio económico de la escasez una significación funcional que no fuera la de la pobreza inevitable, y el Profesor Pigou elevó la "economía del bienestar" a la primera línea de la discusión económica. Sin embargo, continuaron atribuyendo la pobreza a las limitaciones de la naturaleza humana y material. Por el contrario, Keynes abrazó la herejía que atribuye la pobreza a las instituciones sociales y económicas.

La revolución del pensamiento acaudillada por Keynes sólo pudo tener lugar en un momento de aguda crisis. Keynes estaba idealmente formado para dirigir una guerra de dos frentes: la teoría clásica y la práctica, toda vez que tenía un pie en el mundo de los negocios y otro en King's College. Su posición pareció realista a la

luz de la situación dominante de la economía y satisfizo las exigencias de la ciencia entre los economistas de la generación más joven, ganando incluso muchos conversos entre los miembros de la vieja generación. La crisis concedió a sus ideas mayor influencia de la que la *General Theory* habría merecido como *tour de force* puramente intelectual.

La visión keynesiana de la abundancia penetra todos los conceptos y *obiter dicta* de la *General Theory*, pero está fundamentalmente representada por el principio de la demanda efectiva. Esta es la respuesta que dió Keynes al muy importante problema de la pobreza de Marshall. Inmediatamente después del resumen preliminar del principio de la demanda efectiva, en el Capítulo 3, Keynes dice: "Este análisis nos proporciona una explicación de la paradoja de la pobreza en medio de la abundancia." El principio de la demanda efectiva es muy conocido. En una sociedad potencialmente rica, todo el mundo no puede ponerse a trabajar en la producción de bienes de consumo porque no habría demanda suficiente para comprar todos los bienes de consumo producidos. Hay que encontrar un medio de desembolsar una renta adicional, la mayor parte de la cual se gaste en bienes de consumo, sin llevar al mercado más bienes de consumo para su venta. La "inversión" es la actividad que inyecta la renta adicional. Normalmente asume la forma de producción de bienes-capital, pero el mismo resultado, desembolsar renta, pueden producir los pagos hechos por la recogida de hojas en las calles, por la construcción de barcos para la Armada o por la devolución de impuestos satisfechos en años anteriores. Mi propósito aquí es mostrar cómo el principio de la demanda efectiva derivó de la hipótesis optimista de la abundancia y cómo vino a contrarrestar la hipótesis pesimista de la escasez, la frugalidad, la abstinencia y el trabajo excesivo.

La hipótesis optimista de la abundancia está de manifiesto en muchas otras facetas del análisis keynesiano: en la noción de que la eficiencia marginal del capital puede llegar a cero en un par de generaciones de producción de pleno empleo; en la actitud frente a una gran deuda pública; en el papel pasivo asignado al ahorro; en la crítica de la "hacienda sana"; y en el punto de vista de que la igualdad de renta es totalmente compatible con el progreso en la acumulación de riqueza. Para que no haya equivocación posible,

hay que señalar que la hipótesis de la abundancia es aplicable sólo a los países capitalistas adelantados. La economía keynesiana no es muy afín con los países poco desarrollados, en los que la abundancia no es una posibilidad a corto plazo y donde se aplica la medicina clásica para la pobreza..

El gasto deficitario fué el medio de Keynes para la prosperidad durante la depresión. Esto suponía, desde luego, presupuestos deliberadamente desequilibrados, e iba en contra de los principios de hacienda pública admitidos. En 1930, la Tesorería Británica redujo los sueldos del magisterio y se retrajo en otros gastos con objeto de obtener un equilibrio presupuestario. El presidente Hoover se irritó tanto con las ideas de Keynes que llamó al gasto deficitario y recomendaciones anejas la "Operación Calamar" y citó a Keynes, juntamente con Marx y Mussolini, como uno de los tres mayores enemigos de la civilización moderna. Franklin D. Roosevelt, que más tarde apoyó el gasto deficitario, en la campaña de 1932 llevó a cabo un ataque sangriento contra el presidente Hoover por no haber conseguido nivelar el presupuesto, y pidió enérgicas reducciones de los gastos federales. Los economistas profesionales tenían poca ciencia que ofrecer para señalar un modo de escapar a la crisis. Keynes, sin embargo, sabía lo que se debía hacer, y su prescripción del gasto deficitario se ha convertido actualmente en un remedio corriente para las depresiones. La aceptación de la financiación del déficit como un tipo respetable de política pública constituye uno de los cambios más notables del pensamiento público, que ha de ser atribuido fundamentalmente a la economía keynesiana.

Otra forma de expresar el significado funcional de la economía keynesiana consiste en la repudiación de los fundamentos teóricos del *laissez faire*, por una parte, y la sanción teórica de una economía mixta, por otra. De una forma muy parecida a como el socialista Marx presenta una teoría del capitalismo como base para una argumentación del socialismo, así el intervencionista Keynes presenta una teoría del *laissez faire* como base para una argumentación en favor de una economía mixta. Si el sistema económico no se auto-ajusta, entonces son necesarias medidas positivas para asegurar el pleno empleo. Al abstenerse, en la *General Theory*, de estereotipar el tipo de intervención que sería necesario para dominar la

paradoja de la pobreza en medio de la abundancia potencial, Keynes deja abierta una visión flexible del futuro, pero con la dirección claramente indicada. El capítulo final de la *General Theory* sienta la filosofía social de una economía mixta. El grado de mezcla es flexible, pero el área de actividad gubernamental será mucho mayor que bajo el renqueante *laissez faire* que existía en los Estados Unidos y en el Reino Unido al principio de la Gran Depresión. La propiedad privada no resulta atacada ni defendida en el terreno económico. Keynes siempre mantuvo que el asunto de la propiedad privada de los medios de producción frente a la propiedad pública de dichos medios carece de importancia. En tanto que la propiedad privada de los medios de producción no milita en contra de la consecución de la abundancia, debería ser fomentada por las muchas ventajas no económicas que ofrece. Pero el lugar sagrado que la propiedad privada ocupó en la economía clásica se ve debilitado al darse al gasto la importancia que antes se concediera a la austeridad.

La aceptación verbal de una nueva filosofía social es importante incluso porque abre un camino a través del cual las nuevas ideas pueden llegar a los estadistas aptos para recibir innovaciones en materia de política. En el mundo de la postguerra, casi todas las naciones han adoptado programas de pleno empleo o de un alto nivel de empleo. Los dos grandes partidos políticos de los Estados Unidos, y casi todos los partidos políticos en los demás países están comprometidos en el papel a utilizar el poder del Gobierno para evitar otro hundimiento general del sistema económico. La Ley de Empleo de 1946 de los Estados Unidos es una importante manifestación de la nueva filosofía social de tipo keynesiano. Uno de los puntos culminantes en esta dirección se produjo cuando en 1952 el general Eisenhower solicitó el uso total y completo del poder federal para evitar un paro en gran escala.

Aunqu los estadistas, desde F. D. R. al presidente Eisenhower, han utilizado políticas de tipo keynesiano contra la depresión, no es obvio que lo que ha sucedido en el área de la actividad económica haya estado muy influido por esas ideas. Los Estados Unidos fueron a la segunda guerra mundial con una depresión de vastas proporciones aún sin liquidar, sin más solución a la vista que la guerra. Desde entonces, la nación ha atravesado quince años de

expansión bélica y postbélica. Once años de prosperidad postbélica nos colocan ahora en la misma posición relativa en que se encontraba la nación en 1929. Lo mismo que antes de 1929, existe una fuerte creencia de que no habrá más depresiones de importancia. Una nueva filosofía de la Nueva Era está desarrollándose entre los economistas, los hombres de negocios y el público. La confianza de que los acontecimientos dejarán de parecerse al pasado en esta particular coyuntura de la historia descansa, en parte no pequeña, sobre la fe en la propiedad de las políticas de tipo keynesiano: construcción de estabilizadores, política monetaria y política fiscal. Esto aparece como una ilusión extraña y peligrosa, la ilusión de la estabilidad económica, en la que hemos caído. Aunque los acontecimientos no se han visto grandemente influenciados durante los últimos veinte años por la economía keynesiana, ahora centramos implícitamente nuestra fe sobre la aplicación consciente de este tipo de política para salvarnos del destino que ha caracterizado el desarrollo capitalista con intensidad creciente durante el último siglo y medio. Tenemos la soberbia de suponer que a partir de ahora haremos lo que jamás había sido hecho con anterioridad. Parece ser que pensamos que porque ahora conocemos las causas de las depresiones y del estancamiento, evitaremos que vuelvan a producirse. Esta fe en la inteligencia humana es admirable, pero apenas si está justificada por la experiencia. La carga de la prueba está sobre aquellos que creen que esta vez ha llegado realmente una Nueva Era. La historia no se repite, pero tampoco se niega a sí misma de repente. No es otro 1929 a 1932 lo que hemos de temer fundamentalmente, sino otro 1936 a 1939.

Tan importante como no sobreestimar la influencia de la economía keynesiana es no subestimarla. El poder de las ideas para dominar los acontecimientos es, en el mejor de los casos, limitado, y opera con moderada influencia tan sólo a través de largos períodos de tiempo. El mismo Keynes se equivocó al exagerar la influencia de las ideas. Escribió en el párrafo final de la *General Theory*: "Las ideas de los economistas y de los filósofos políticos son más poderosas de lo que comúnmente se cree, tanto cuando son equivocadas como cuando son ciertas. Realmente, el mundo se gobierna con poco más." Mis lecturas históricas no confirman esta fe en el poder de las ideas para influenciar los acontecimientos. Más cerca

de la verdad parecía estar el profesor Pigou, en el párrafo final de su discurso como presidente de la Royal Economic Society: "Temo que la esperanza de que el progreso del conocimiento económico afecte de una manera apreciable los acontecimientos reales sea muy tenue. No es probable que haya mercado para nuestro producto." He aquí un ejemplo, por lo menos, en el que el profesor Pigou admite que la oferta no crea su propia demanda.

Lo más que se puede esperar de un economista es que aclare grandes cuestiones y señale la dirección a seguir para encontrar soluciones. Por consiguiente, el *sine qua non* de la grandeza es la perspicacia para los problemas históricos contemporáneos. Como dice el profesor Schumpeter, una nueva visión, tal como la visión de la abundancia de Keynes, tiene que estar necesariamente asociada en su génesis con una ideología; es decir, con juicios de valor, un punto de vista, un juego de intereses y selección y énfasis, entre los hechos que son más importantes y aquellos que son menos importantes en el complejo total de una situación social. Para que la visión se convierta en parte de la ciencia, según la metodología del profesor Schumpeter, ha de ser purgada de su contenido ideológico porque la teoría económica (ciencia) es neutral frente a los juicios de valor y a la política práctica. Consecuentemente, Schumpeter acusó a Keynes del vicio ricardiano de "ofrecer bajo la apariencia de verdad científica general pareceres que sólo tienen sentido con referencia a las exigencias prácticas de la situación histórica única de un país y un tiempo dados." En la recensión que hizo de la *General Theory* Schumpeter dijo de Keynes: "... en todas partes aboga por una política definida, y en cada página el espíritu de esa política mira por encima del hombro del analista, ensambla sus supuestos, guía su pluma... Es vital rechazar la comunión con cualquier intento de resucitar la práctica ricardiana... La economía jamás tendrá ni mérito ni autoridad, en tanto no se disuelva esa diabólica alianza. Este libro nos lanza a ella de nuevo." Es mi opinión que este juicio, que ve la *General Theory* como una enorme desgracia para la teoría económica, estaba equivocado, y que, por el contrario, sirvió más que ningún otro acontecimiento de este siglo para vitalizar la ciencia económica. El vicio ricardiano es realmente una virtud, o si no es una virtud, defendamos el vicio. La enorme estatura de Ricardo

y de Keynes como economistas surge del hecho de tomar actitudes positivas sobre los grandes problemas de sus tiempos. Mis lecturas de historia de la teoría económica llevan esta afirmación a la categoría de verdad general sobre el desarrollo de nuestra disciplina. Al luchar por la neutralidad, los economistas generalmente logran la esterilidad. Afortunadamente, Keynes no era uno de esos neutralistas, y estaba por ello en inmejorables condiciones para hacer progresar la ciencia. Para ser hombre de ciencia uno debe ser objetivo en el sentido de dejarse guiar por los hechos de la experiencia, pero uno no tiene que ser neutral en el sentido de rechazar la formulación de proposiciones que tienen una significación funcional para la práctica. Para que los economistas sean influyentes en el sentido ricardiano y keynesiano, sus programas, que representan el significado funcional de sus teorías, deben ser compatibles con las condiciones históricas e institucionales fundamentales de la época y ser susceptibles de ser realizadas políticamente. El programa de Ricardo para la derogación de las Leyes de Cereales era compatible con la mejor asignación de recursos entre la agricultura y la industria y con el creciente poder político de los capitalistas industriales, representado, por ejemplo, por la Ley de Gran Reforma de 1832. El programa de pleno empleo de Keynes es una respuesta a la inestabilidad capitalista y está de acuerdo con el crecimiento de la democracia de masas, con su deseo de actuar a través del estado si la empresa privada no proporciona suficientes oportunidades de empleo. Si bien es una pena que una teoría sobre un medio variante no puede ser al mismo tiempo históricamente relevante y universalmente válida, es éste uno de los hechos de la vida que los mortales deberían aprender a aceptar.

Muy a la larga, la influencia de las grandes ideas sobre el curso futuro de los acontecimientos no puede ser predicha, pero el tema merece ser objeto de especulación. Quizá la aportación más importante de la economía keynesiana resulte ser un más alto nivel de racionalización de la vida económica—en el sentido de racionalización de Max Weber—a través del impulso que ha dado al análisis de renta y a la contabilidad nacional. Como han señalado Werner Sombart y otros, el moderno capitalismo no hubiera sido posible sin el cálculo racional de los negocios a través

del sistema de contabilidad por partida doble. La gran época de la empresa comercial se caracteriza por la extrema racionalidad de la contabilidad comercial, por una parte, y por la total falta de un cálculo consciente relativo a la economía como un todo, por otro lado. Parece ser que vamos entrando lentamente en una época en la que el cálculo afecta a la economía como un todo y no sólo a la empresa individual, alcanzando todo el sistema económico en conjunto. Esto es una consecuencia lógica de la muerte del "laissez faire". Un sistema de cálculo cuidadoso sobre la base de una amplia economía significa que las decisiones económicas se toman en relación con sus efectos sobre la renta nacional, más que en relación con las ganancias y pérdidas de los negocios privados. Cuando la contabilidad se lleva a cabo sobre la base de la renta nacional quedan automáticamente resueltos muchos de los más difíciles problemas económicos. Por ejemplo, dado que los obreros parados no hacen aportación alguna a la renta nacional, es deseable, desde el punto de vista de la contabilización de la renta nacional, que estén empleados mientras produzcan algo. Así, el resultado inmediato de la dirección consciente de los asuntos económicos sobre esta base contable sería la desaparición del paro. La gran irracionalidad social del paro, que tanto extrañó a la generación de Keynes, resultaría no ser problema en absoluto. La mano visible del contable de la renta nacional reemplazaría a la mano invisible de Adam Smith.

DISCUSION

DAVID MCCORD WRIGHT: Acepto la norma del profesor Dillard de que el valor de una teoría se ha de juzgar por su susceptibilidad de producir conclusiones políticas relevantes para el mundo contemporáneo. Pero encuentro poco realista el afirmar que el estancamiento (de la variedad de exceso de oferta de capital) deba ser considerado como el gran peligro de esta época de escaseces mundiales en la mayor parte de los países y de presión inflacionista en todos ellos, prácticamente.

El profesor Dillar dice que actualmente ha sido demostrado que no hay diferencias de importancia entre las teorías de la ofer-

ta y demanda de préstamos de la preferencia de liquidez. Esta afirmación dice mucho y no dice nada, al mismo tiempo. Admito que se pueden trazar varios esquemas de definición que las asimilen formalmente. Pero cuando abandonamos la tautología se presentan una serie de casos diferentes, en algunos de los cuales ambas teorías producen los mismos resultados, pero no sucediendo lo mismo en otros casos.

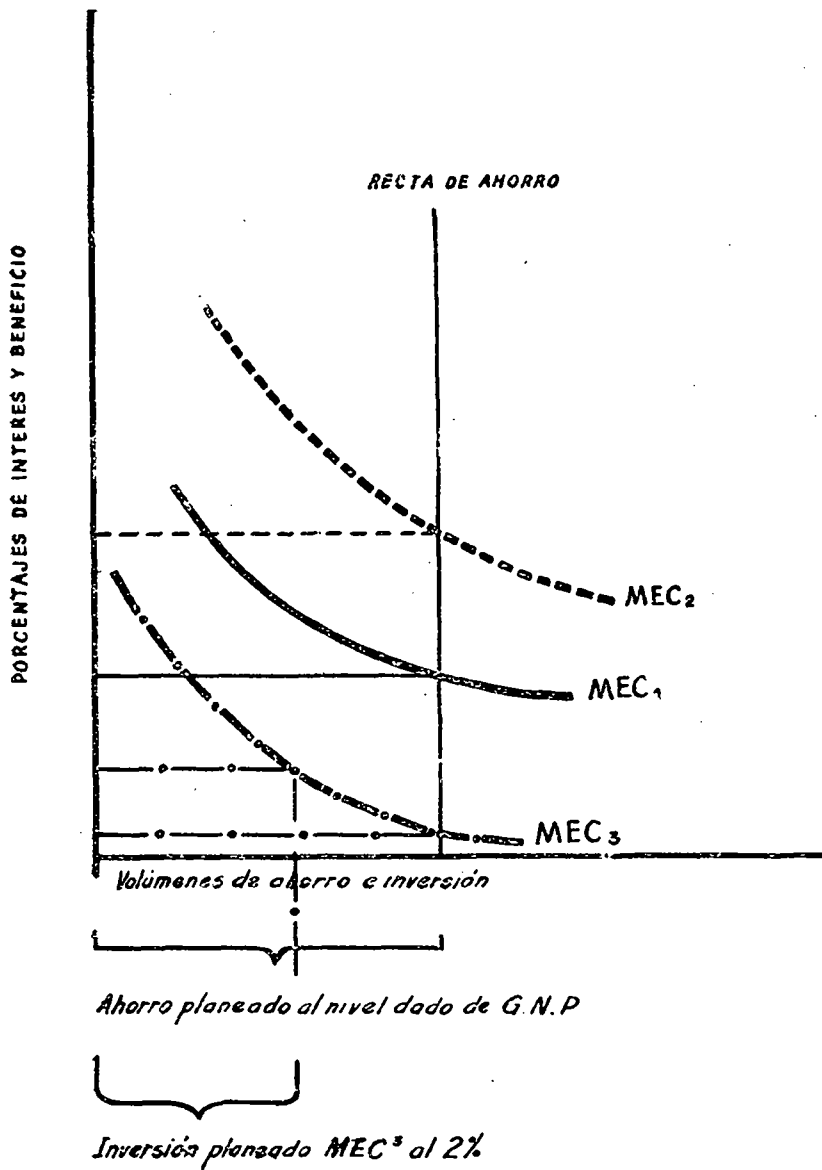
Un diagrama (más abajo) servirá, yo espero, para aclarar la cuestión.

Supongamos dado un producto nacional bruto en pleno empleo. El eje de las abscisas medimos cantidades de ahorro e inversión. El eje de las ordenadas representa porcentajes de interés y beneficios esperados. El ahorro planeado se supone (para simplificar) que es inelástico respecto del tipo de interés a corto plazo. Consecuentemente, se representa con una línea recta vertical.

Se han trazado tres curvas, que representan la eficiencia marginal del capital: MEC_1 , MEC_2 , MEC_3 . Cada una de ellas representa los beneficios marginales esperados a distintos niveles de inversión planeada, con el GNP inicial dado, y bajo diversas condiciones generales de expectativa y de cambio técnico, durante un periodo de tiempo de, por ejemplo, seis meses a un año.

MEC_1 interseca la recta de ahorro al nivel del 4 por 100. Es evidente, por elemental lógica económica, que 4 por 100 es el único tipo de interés en equilibrio. Si el tipo es más elevado, el ahorro planeado excederá a la inversión planeada, y la renta se contraerá. Si el tipo es más bajo, la inversión planeada será mayor que el ahorro planeado, y si no se raciona el crédito (puesto que el pleno empleo se supone desde el primer momento), comenzará la inflación.

La curva MEC_2 interseca a la recta de ahorros al nivel del 7 por 100. Es evidente que el 7 por 100 será de nuevo el tipo de interés de equilibrio. Algunos keynesianos del tipo que yo he llamado "stream-lined" parece que piensan que la afirmación de Keynes de que el tipo de interés viene "solamente" determinado por la interacción de la preferencia de liquidez y la cantidad de dinero, excluye cualquier efecto de un desplazamiento positivo en la curva MEC sobre el tipo de interés. Esto es un error, como he demostrado en mi artículo publicado en la *American Economic Review*,



"Future of Keynesian Economics" (junio, 1945). Un desplazamiento en la curva MEC producirá una elevación en L_1 o demanda de transacciones para liquidez. Los hombres de negocios atraídos por un nivel más alto de expectativas de beneficio buscarán nuevas transacciones con las que hacer caja. Si las palabras hacen feliz a alguien, podemos decir que desearán abastecerse con vistas a más altos niveles de renta.

Es cierto que la elevación del tipo de interés puede ser evitada temporalmente mediante un descenso de la demanda L_2 de liquidez debido a una baja en el motivo de especulación. Esto opera, sin embargo, como un aumento de la velocidad. Producirá inflación (a menos que se imponga una acción compensadora positiva de las autoridades monetarias). Pero una vez que el impulso inflacionista de las cantidades lanzadas se ha extinguido, el tipo subirá hasta la conveniente cifra de equilibrio. Se verá que el resultado final es, pues, el mismo para la preferencia de liquidez o la oferta y demanda de préstamos. El esquema de Keynes, sin embargo, hace especialmente visible la posibilidad de un movimiento inflacionista temporal. Dudo, sin embargo, que esta parte de su análisis pudiera haber causado sorpresa a Ricardo, o a Smith, o a Mill o Hume.

La aportación realmente importante de Keynes aparece en nuestra curva MEC₃. Ahí el teórico de la oferta y demanda de préstamos sostendría que el tipo de interés descendería al medio por ciento, o incluso más bajo, y así la inversión planeada continuaría siendo igual al ahorro planeado. Pero Keynes, con su análisis del motivo especulativo L_2 , que no necesito repetir, muestra que puede permanecer, digamos, en el 2 por 100. En este caso, la inversión planeada queda muy por debajo del ahorro planeado, y empezará a producirse una baja general en el nivel de producto nacional bruto.

Algunos estudiosos me han preguntado qué es lo que haría cambiar el programa MEC. Seguramente es obvio que una elevación o una baja en el estado general de las expectativas puede producirse mediante nuevos descubrimientos, nuevos Gobiernos, nuevos cambios en la política social, la puesta en marcha de nuevas zonas.

El diagrama y la explicación que he dado solamente aclaran el análisis que publiqué en 1945, que fué aprobado por escrito por el mismo Keynes y por Sir Dennis Robertson. Recuérdese, también,

que Keynes dijo al Profesor John H. Williams que estaba tratando de educar a los ingleses para la necesidad de un tipo superior de interés después de la guerra, y que yo tengo cartas tuyas diciendo que espera que después de la guerra el problema sea la inflación, no el paro. El no reconocer la relatividad de las enseñanzas de Keynes no es meramente mala economía, sino mal keynesianismo.

La teoría de Keynes no prueba que un aumento del ahorro (planeado) o una elevación del tipo de interés reduciría el ahorro efectivo. Esto sería cierto solamente "suponiendo que no hubiera ningún cambio favorable en el programa de inversión". El texto de Klein contiene la equivocación relativa al ahorro, y el de Dillard se refiere al tipo de interés. Todavía existen otros igualmente dogmáticos. Más aún, no es forzosamente cierto (aunque aquí hablo fundamentalmente en mi propia representación) que uno tenga que fiarse de un aumento en la curva MEC. Porque si la recta de ahorro se mueve hacia la derecha y la curva MEC permanece inmutable, entonces el gasto de consumo reducido podría dejar saldos adecuados para satisfacer un aumento cualquiera en la demanda L_2 de liquidez debida al motivo especulativo. ¿Por qué no habría de bajar necesariamente la curva MEC? Porque la inversión y el consumo no están necesariamente unidas por ninguna relación mecánica fija. La inversión podría ser principalmente autónoma.

Uno de los principales inconvenientes es, creo yo, que los discípulos de Keynes han dado mucha importancia a la tradición oral relativa a lo que él dijo, no prestando demasiada atención a lo que escribió. Podría ilustrar con varias anécdotas, tomadas de mi propia experiencia, la diferencia que hay entre un profesor improvisado en su casa o en un seminario y sus escritos. Nosotros los economistas debemos darnos cuenta que tan sólo progresamos y somos hombres de ciencia en la medida que tenemos consciencia de la múltiple variedad del progreso social. La persistencia de un keynesianismo de características torrenciales—quiero decir de doctrinas tales como que el tipo de interés es un fenómeno puramente monetario en la realidad y no por definición, o que un mayor intento de ahorrar o un tipo de interés más elevado deben significar una baja en el ahorro realizado, o de que la invasión del mercado por el capital es inevitable cuando la economía se expansiona—es solamente posible a causa de un colapso en masa del respeto a los

hechos, de la exactitud investigadora y de la consciencia científica en una gran parte de la profesión económica.

WILLIAM A. SALANT: El profesor Fellner ha expresado el punto de vista de lo que él llama keynesianismo cíclico ha obtenido una aceptación muy amplia, pero añade que esta variedad de keynesianismo es obra no sólo del mismo Keynes, sino de predecesores tales como Wicksell y Robertson. Me gustaría definir lo que yo creo que es la característica de la aportación de Keynes. Esto requerirá un breve estudio de la relación entre el llamado sistema "clásico", la obra de los precursores a que se ha referido Fellner, y el sistema keynesiano.

Estaba en el espíritu de los análisis clásico y neoclásico que un sistema económico que funcionase fácilmente tendería hacia el equilibrio en pleno empleo. (En este texto, "funcionar fácilmente" equivale a decir dinámicamente estable y libre de rigideces.) Esto implicaba que una reducción de cualquier componente de la demanda efectiva pondría en movimiento una serie de respuestas que repondrían la totalidad de la demanda (en condiciones reales, aunque no necesariamente monetarias) en un nivel de pleno empleo. El sistema podría ser comparado a un piloto automático que mantiene un curso estable compensando las perturbaciones exteriores. El mecanismo automático, en virtud del cual se mantenía o restablecía el pleno empleo, no fué enunciado con demasiada claridad por los escritores clásicos y neoclásicos; efectivamente, hemos aprendido mucho en la discusión promovida por la *General Theory*, acerca de cómo se suponía que operaba el sistema clásico. Está claro, sin embargo, que el tipo de interés era la fuerza estabilizadora clave, ayudado por variaciones en el nivel de costes y precios, que operaban bien a través de sus efectos sobre el tipo de interés o directamente sobre el valor real de los activos monetarios.

Los estudiosos del proceso ahorro-inversión, empezando con Wicksell, centraron su atención sobre las fuerzas capaces de alterar el nivel de la demanda total. Estas fuerzas se podrían clasificar así: las que afectan al ahorro, a la inversión, al atesoramiento y a la cantidad de dinero. Estos escritores dedicaron mucha atención al problema de la acción de la autoridad monetaria dirigida a contrarrestar las fuerzas perturbadoras. Aceptaban un nivel de

precios estable (o, en algunos casos, rentas monetarias estables *per capita*) como objetivo deseable de la política, ya como medio de estabilización de la producción o como un fin en sí mismo. En relación con esto, no siempre distinguieron entre la repercusión de las fuerzas perturbadoras sobre los precios y sobre la producción, sino que generalmente subrayaron el nivel de precios. Quizá sea justo decir que ellos suponían que la caída de precios provocaría efectos depresivos sobre la producción y que el alza de precios tendría un efecto estimulante en tanto que la producción se mantendría en equilibrio en pleno empleo mientras los precios (o las rentas monetarias) estuvieran estabilizados. Habría que añadir que lo que explica en gran parte la importancia dada a los precios es, indudablemente, el hecho de que las fluctuaciones de precios eran más violentas y se ponían de manifiesto con mayor claridad en las estadísticas que las fluctuaciones de la producción y del empleo.

Estos escritores trataron de las perturbaciones del equilibrio del sistema clásico. Algunos de entre ellos abogaron por la intervención de la autoridad monetaria para contrarrestar estas perturbaciones, en lugar de defender la confianza en las fuerzas autocorrectoras automáticas que eran inherentes al sistema. Sin embargo, no expusieron una teoría complementaria de la determinación del nivel de producción. El sistema keynesiano produjo esta teoría.

Con objeto de poner de manifiesto claramente las características del análisis keynesiano que yo considero distintivas, añadiré a los tres tipos de keynesianismo de Fellner un cuarto tipo que podría ser llamado keynesianismo "contingente" o "condicional". Esta subespecie parte de la suposición de que los estabilizadores clásicos son inoperantes, de que el piloto automático está desconectado. En qué condiciones serán efectivamente inoperantes, en qué forma ha de modificarse el sistema clásico para obtener este resultado, es un problema del tipo que Fellner llama teórico-fundamental; el keynesianismo contingente lo "evade", simplemente, para decirlo con una palabra de Fellner, y no trataré de él.

Utilizando como punto de partida el supuesto de que ni las variaciones del tipo de interés ni de precios y costes estabilizan la demanda total, el keynesianismo contingente nos dice, dado el nivel de inversión y la función de consumo, que la renta real es-

tará en equilibrio en el punto en que el ahorro y la inversión sean iguales. Al haberse hecho totalmente inoperantes los estabilizadores clásicos, la renta real tiene que realizar toda la tarea de equiparar el ahorro y la inversión. Esto es, desde luego, un tipo barato y adulterado de un modelo keynesiano. Está claramente relacionado con el keynesianismo cíclico de Fellner. Si esto es producto de una línea continua de desarrollo, o una mutación comparable a la que tuvo lugar el día memorable en que un jugador de fútbol cogió por primera vez la pelota y echó a correr con ella, inventando así el rugby, es algo que no voy a intentar averiguar.

Una característica notable del sistema keynesiano es que se presta al desarrollo en muchas direcciones, y que tal desarrollo ha florecido durante los dos decenios que siguieron a la publicación de la *General Theory*. El sistema puede ser ampliado mediante la incorporación de elementos omitidos en sus primeras versiones, tales como el comercio exterior y el gobierno, y mediante la segregación de variables agregadas. Las hipótesis sencillas, tales como la función del consumo original, pueden ser sustituidas por otras más complejas y, esperamos, más realistas, tales como la hipótesis de la renta relativa de Brady-Duesenberry-Modigliani. El sistema keynesiano esencialmente estático puede transformarse en dinámico mediante la introducción de retardados (lags), de tipos de cambio como variables, o permitiendo cambios en el capital resultante de la inversión, como en el multiplicador-acelerador de Samuelson, el modelo de inventario de Metzler y los tipos de desarrollo de Harrod-Domar.

Con relación a la teoría del estancamiento derivada del keynesianismo, Fellner llega a la conclusión de que no ha hecho una aportación teórica de significación. Pero es que el estancamiento, como forma distinta de otras manifestaciones de keynesianismo, no es, de ningún modo, y fundamentalmente, materia de teoría, sino más bien una serie de razonamientos cuantitativos relativos a las posiciones futuras de las funciones de la inversión y de consumo. Es muy cierto que los presentimientos del estancamiento no han sido confirmados (un economista del estancamiento apasionado añadiría aquí la palabra "todavía"), y que los años de los decenios de 1940 y 1950 han sido períodos de inflación más que de

estancamiento. Totalmente aparte de la influencia de la guerra y de la guerra fría habría que recordar que la tesis del estancamiento descansaba en gran medida sobre la proyección de un índice decreciente de crecimiento de población, proyección que ha resultado estar muy lejos del punto de partida. En esta medida, el curso real de los acontecimientos ha desacreditado uno de los supuestos no económicos del estancamiento, más que sus predicciones económicas, que, a pesar de sus méritos, permanecen en gran medida sin probar.

TIBOR SCITOVSKY: Al ser el último orador de una sesión que pone fin a un largo y fatigoso día, no estoy en condiciones de lanzarme a un análisis académico, y probablemente ustedes tampoco están en disposición de escucharlo. Además, no difiero grandemente de las tesis presentadas en las dos comunicaciones. Así, tan sólo comentaré una afirmación del profesor Dillard, y haré la muy sencilla indicación de que Keynes ha simplificado mucho la teoría económica, la ha hecho más realista, dando con ello un tremendo impulso al posterior desarrollo de la economía.

El profesor Fellner está en lo cierto, desde luego, al decir que la mayor parte de los ingredientes de la teoría de Keynes, así como también la mayor parte de sus conclusiones de política económica, fueron conocidos por mucha gente con anterioridad a Keynes. Como lo ha manifestado el profesor Whitehead: "Todo lo importante ha sido dicho anteriormente, por alguien que no llegó a descubrirlo." Keynes coordinó trozos sueltos de teorización económica ya conocidos, proporcionó algunos lazos de unión que faltaban y creó, además, una teoría coherente del empleo. Llamar a esto, como el profesor Fellner lo llama, dar una formulación especialmente efectiva a doctrinas conocidas es, en mi opinión, una declaración que disminuye su valor.

Una de las aportaciones principales de Keynes—y la de importancia crucial para la teoría del empleo—fue la noción del equilibrio con subempleo. Puede ser que esto no haya llevado a conceptos que fueran nuevos para Wicksell o Sir Dennis Robertson; pero ha realizado un papel mucho más importante. Ha hecho que la especulación sobre el nivel de prosperidad y lo que determina el nivel de prosperidad fuera mucho más sencilla de lo que nunca

fué; y ha establecido un lenguaje y un terreno comunes entre el economista y el público.

Tengamos presente que antes de la *General Theory* el paro se consideraba como el resultado de la fricción, del desequilibrio temporal o del poder monopolizador de los sindicatos obreros. Esto significaba que el ciclo económico había de explicarse dentro de un marco teórico que no daba margen a la posibilidad de variaciones en el empleo y la renta. También significaba que la política del ciclo económico había de ser formulada sin contar con los beneficios de una medida de prosperidad conceptualmente satisfactoria, tal como el nivel de renta o de producción o de empleo. Esto puede parecernos absurdo hoy día; pero fué la *General Theory*, de Keynes, la que hizo que nos diéramos cuenta de este absurdo.

Muchos teóricos del ciclo económico admitían, desde luego, la posibilidad del paro. Pigou incluso utilizó el porcentaje de empleados como un índice de prosperidad; pero esto fué una concesión al sentido común, más que una parte integrante de la teoría. El nivel de precios, la duración del período de producción, la proporción de inversión respecto del producto total, eran las variables teóricamente importantes que servían para medir y explicar el ciclo económico. De aquí que, para ser un competente teórico del ciclo según los cánones de la época, había que dominar los nebulosos conceptos y la complejidad teutónica de la teoría del capital. No hay que maravillarse si la mayor parte de las personas huían, y solamente los mejores, como Wicksell y Sir Dennis, trataban de hacer evolucionar las teorías del ciclo y su política, que habían resistido la prueba del tiempo. La mayor parte de los economistas llegaron a padecer una especie de esquizofrenia. Creían, y enseñaban, una teoría de los precios lógicamente elegante; y, al mismo tiempo, daban su adhesión a una teoría monetaria y del ciclo económico que a veces era buena, a veces mala, pero casi siempre era incompatible con su teoría de los precios.

El concepto de Keynes del equilibrio del paro encubierto ha cambiado todo esto. Ha armonizado, o, por lo menos, ha hecho compatibles, la teoría de los precios y la teoría del empleo, y ha simplificado la teoría del empleo. Tengamos en cuenta que esta parte de la economía es la de mayor relevancia para el bienestar

y el sufrimiento humanos, y que gracias a Keynes esta parte sumamente importante de la economía, desde el punto de vista humano, se ha hecho lo suficientemente sencilla para ser enseñada en cursos de introducción destinados a estudiantes elementales. Creo que es muy importante poder mostrar la relevancia de la teoría económica para los problemas humanos y sociales al principio. Después de todo, los jóvenes se hacen economistas no—o, por lo menos, yo espero que sea así—con vistas a aumentar sus ganancias, sino a consecuencia de una preocupación idealista por los problemas humanos y sociales. Sin embargo, cuando yo era estudiante había que pasar años estudiando mapas de indiferencia, rectas de balance, elasticidades de sustitución, esto y lo otro marginal, y tan sólo cuando estos estudios habían hecho desaparecer toda la compasión del estudiante por los problemas sociales y humanos, solamente entonces era considerado apto para los más elevados misterios de la teoría del capital y el estudio del ciclo económico.

Mientras tanto, desde luego, hemos aprendido que la teoría del empleo y del ciclo económico no son tan sencillas como Keynes y los primitivos keynesianos creían. Pero poseemos una teoría del empleo, y podemos partir de una primera aproximación sencilla, universalmente inteligible y casi universalmente aceptada, y de ahí seguir explorando las complejidades más elevadas de la función de consumo o de la función de inversión o de los tipos de crecimiento dinámico. Gracias a Keynes la teoría económica es hoy día un bloque, y el economista no se ve ya obligado a vivir con un conflicto interno entre su teoría y su sentido común.

Al mismo tiempo que Keynes eliminó el conflicto que había en el seno del economista, suprimió también el conflicto existente entre el economista y el público. La noción del equilibrio con subempleo, el uso de la renta nacional o producto nacional bruto o el empleo como variable básica, han proporcionado al economista un lenguaje y un estructura conceptual que el público entiende y aprecia. Esto no quiere decir, naturalmente, que el público comprende totalmente al economista. Después de todo, el *New Yorker* encontraba gracioso hace poco que el Harvard Club, de New Jersey, hubiera presentado al profesor Seymour Harris en un banquete como “un economista sumamente calificado para decirles a us-

tedes por qué no habrá depresión y qué hacer cuando se produzca". Evidentemente, nosotros los economistas no vemos que haya nada de gracioso o de incompatible en esto.

No obstante, creo firmemente que hoy día hay un mayor contacto y una mayor interacción entre los economistas, de una parte, y los políticos prácticos y el público, de otra. Me doy cuenta de que la mayor influencia de los economistas sobre los asuntos prácticos es, en opinión de algunos, una bendición; pero todos ustedes estarán seguramente de acuerdo conmigo en que la mayor consciencia por parte del economista de sus responsabilidades de carácter público—el reconocimiento por su parte de la economía como ciencia social y no un mero ejercicio lógico—es una buena cosa. Y no puedo dejar de creer que fué a Keynes a quien se debió en muy gran parte que se lograra este aspecto de la actitud del economista actual.